

quiera que se manifestase, y de incitarla donde estuviese adormecida, en los Abruzzos por ejemplo.

Nos decidimos á emprender el viaje, pero ninguno de nosotros tenia un solo ochavo para hacer la travesía.

X.

MI VUELTA A EUROPA. — MUERTE DE AUZANI.

Al ver nuestra pobreza, empleé un medio siempre fecundo al lado de personas de noble y generoso corazón. Abrí una suscripción entre mis compatriotas.

Los asuntos comenzaron á marchar perfectamente cuando algunos malos instintos trataron de crear entre los legionarios un partido contra mí, intimidando á los que se hallaban dispuestos á seguirme. Hicieron creer á estas pobres gentes que yo los conducía á una muerte segura, que la empresa que yo soñaba realizar era imposible y que les estaba reservada la misma suerte que á los hermanos Bandidera. De todo esto resultó que los mas tímidos se retrajeron, quedándome solo ochenta y cinco hombres, de los cuales tambien me abandonaron veintinueve despues de haberse embarcado. Por fortuna los que me siguieron eran los mas valientes, y casi todos habian tomado parte conmigo en el combate de San Antonio. Además me acompañaban algunos orientales confiados en mi fortuna, y entre ellos mi

pobre negro Aguyar, que fué muerto mas tarde en el sitio de Roma.

Ya he dicho que abrí entre los Italianos una suscripción para costear nuestro viaje. La mayor parte de ella la hizo Estéban Antonini, genovés establecido en Montevideo.

El gobierno por su parte nos ofreció ayudarnos con todo su poder; pero yo sabia que estaba tan pobre, que no quise aceptar de sus manos mas que dos cañones y ochocientos fusiles que hice trasportar á nuestro bergantin.

En el instante de partir nos sucedió con el comandante del Beponte, Garolo de Nervi, lo mismo que á los Franceses en su cruzada de Beaudoin con los Venecianos que les prometieron llevarlos á Tierra Santa; esto es que sus exigencias fueron tales que nos fué necesario vender todo lo que poseíamos, hasta las camisas, para satisfacerlas, y tanto que durante la travesía, permanecieron algunos acostados por carecer de ropa para vestirse.

Nos encontrábamos á trescientas leguas de las costas, cerca de las bocas del Orinoco, y yo me entretenia con Orizoni en pescar marsoplas sobre el bauprés, cuando de repente oí resonar el grito de «fuego... fuego...!»

Saltar desde el bauprés á la roda y desde la roda

al puente, dejándome caer por la escotilla, fué obra de un segundo. Al hacer la distribucion de víveres cometió el distribuidor la imprudencia de sacar aguardiente de un barril con una luz en la mano. El aguardiente se incendió, y en vez de cerrar el barril, el que lo sacaba, algo ebrio, dejó salir á chorros el líquido inflamado, y la cueva de los víveres, separada de la Santa Bárbara por una plancha que apenas tenia de espesor una pulgada, parecia un verdadero lago de fuego.

Allí fué donde tuve yo ocasion de ver cómo los hombres mas valientes se acobardan cuando el peligro se les presenta bajo un aspecto al que no están acostumbrados á combatirle. Todos aquellos hombres que eran héroes y semi-dioses en el campo de batalla, se chocaban, corrian de un lado á otro, y perdian el sentido temblorosos y azorados como niños.

Al cabo de diez minutos logré apagar el fuego ayudado por Auzani, que abandonó su lecho al primer grito de alarma.

El pobre Auzani guardaba con efecto cama, no porque careciese de vestidos, sino porque ya estaba amagado de la enfermedad de que debia morir á su llegada á Génova, es decir de una tisis palmonar.

Este admirable hombre, al que su mayor enemigo, si hubiera podido tenerlos, no habria podido

señalar un solo defecto, despues de haber consagrado su vida á la causa de la libertad, queria que sus últimos momentos fuesen todavía útiles á sus compañeros de armas; y todos los días se le ayudaba á subir al puente, cuando ya no podia subir por sí solo, y acostado sobre un colchon y frecuentemente apoyándose en mí, daba lecciones de estrategia á los legionarios reunidos en torno de él sobre la popa del buque.

Auzani era una verdadero archivo de ciencias; y tan difícil me seria enumerar las cosas que sabia, como encontrar una que no supiese.

En Palo, á cinco leguas de Alicante, descendimos á tierra para comprar una cabra y naranjas á Auzani. Allí fué donde supimos por el vicecónsul sardo algo acerca de los acontecimientos de que era teatro Italia.

Allí supimos que habia sido proclamada la Constitucion piamontesa y el resultado de las cinco gloriosas jornadas de Milan, sucesos todos que no habíamos podido saber desde nuestra salida de Montevideo, es decir desde el 27 de marzo de 1848.

El vicecónsul nos dijo tambien que habia visto pasar algunos buques italianos con la bandera tricolor, y esto solo me bastó para decidirme á enarbolar el estandarte de la independencia.

Entonces quité el pabellon de Montevideo que nos

habia servido para nuestra navegacion, y coloqué inmediatamente en el asta-bandera de nuestro bergantín el pabellon sardo, que improvisé con media sábana, una blusa roja y el resto con los paramentos verdes de nuestro uniforme.

Debe recordarse que nuestro uniforme era una blusa roja con paramentos verdes bordados de blanco.

El 24 de junio, dia de San Juan, llegamos á la vista de Niza. Muchos eran de parecer que no debíamos desembarcar sin mas extensos datos que los que ya teníamos. Nadie arriesgaba mas que yo, puesto que todavía estaba pendiente mi condena de muerte; pero sin embargo no dudé, ó mejor dicho no pude dudar, porque reconocido por algunos hombres que ocupaban una embarcacion, mi nombre se extendió bien pronto, y apenas se hubo sabido mi llegada, toda Niza se precipitó hácia el puerto y nos fué preciso aceptar los ofrecimientos que de todas partes nos hacian en medio de las mas calorosos aclamaciones.

Apenas se supo que yo me hallaba en Niza y que habia atravesado el Océano para venir en auxilio de la libertad italiana, se reunieron á mí voluntarios que acudian de todas partes.

Pero yo en aquel momento abrigaba otras miras que me parecian mejores.

Del mismo modo que habia creído en el papa

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO R. IYÉS"
1825 MONTERREY, MÉXICO

Pio IX, creía en el rey Carlos Alberto, y en vez de cuidarme de Médici, á quien habia maudado como ya he dicho á Via Reggio para organizar la insurreccion, encontrándola organizada y viendo al frente de ella al rey del Piamonte, creí que lo mejor que podía hacer era ofrecerle mis servicios.

Dí un adios á mi pobre Auzani, adios tanto mas doloroso cuanto que los dos sabiamos que no podriamos volvernos á ver; y me embarqué para Génova, desde donde me dirigí al cuartel general del rey Carlos Alberto.

Nuestra entrevista me probó que habia obrado mal. El rey y yo nos separamos descontentos el uno del otro, y yo fui á Turin, donde tuve noticia de la muerte de Auzani.

Con él perdí la mitad de mi corazon, la mejor parte de mi genio.

Italia perdió uno de sus mas distinguidos hijos. ¡Oh! Italia, Italia, madre desgraciada! cuánto duelo para tí el dia en que este bravo entre los bravos, este leal entre los leales, cerró los ojos para siempre á la luz de tu hermoso sol!

Cuando muere un hombre como Auzani, yo te lo digo ¡oh Italia! debe la nacion que le ha dado su cuna, debe lanzar un grito de dolor, arrancado de lo mas profundo de sus entrañas, y si no llora, si

no se lamenta como Raquel en Roma, esta nacion no es digna ni de simpatía, ni de piedad, porque tampoco ella tiene ni simpatía ni piedad hácia sus mas generosos mártires.

¡Oh! mártir, cien veces mártir fué nuestro muy querido Auzani, y la mayor tortura que sufrió este valiente fué la de pisar ya moribundo el suelo de su país natal, y no poder morir como habia vivido, combatiendo por él, por su honor, por su regeneracion. ¡Oh Auzani! si un genio semejante al tuyo hubiera presidido los combates de la Lombardía, la batalla de Novara, el sitio de Roma, el extranjero no mancharia con sus huellas la tierra natal, no escarneceria con insolencia la memoria de nuestros antepasados.

Entre todos los militares, los soldados, los combatientes; entre todos los hombres con mosquete ó espada que he conocido, no he hallado ninguno que igualase á Auzani en dotes, en valor, en el uso de sus vastísimos conocimientos. Tenia el valor ardiente de Marina, la sangre fria de Davesio, y la serenidad, la bravura y el temperamento guerrero de Manara (1).

(1) El lector no conoce todavía á estos otros tres mártires de la libertad, pero no tardará en conocerlos.

Garibaldi, que no ha escrito para ser impreso, se habla á si mismo, pero no á los lectores.

Los conocimientos militares de Auzani, su experiencia sobre todo, no han encontrado nunca igual. Dotado de una memoria prodigiosa, hablaba con una precision inusitada de todos los hechos pasados, por mas que perteneciesen á la mas remota antigüedad.

En los últimos años de su vida se alteró sensiblemente su carácter; se hizo acre, irascible, intolerable. ¡Pobre Auzani! No sin motivo habia cambiado. Constantemente le atormentaban los dolores de sus numerosas heridas, y sufriendo los efectos de la azarosa vida que habia pasado, arrastraba una existencia insoportable, una existencia de mártir.

Dejo al cuidado de una pluma mas hábil que la mia la mision de trazar la vida militar de Auzani, digna de ocupar las veladas de un escritor eminente. En Italia, en Grecia, en Portugal, en España, en América encontrará las huellas, las acciones, los datos de la vida de un héroe.

El diario de la legion italiana de Montevideo, formado por él, no es mas que un episodio de su vida. Auzani fué el alma de la legion, y conducida y administrada por él llegó á identificarse con ella.

¡Oh Italia! cuando el Todopoderoso ponga término á tus desdichas, te dará Auzanis para guiar á

tus hijos á la exterminacion de los que te vilipendian y te tiranizan.

*
* *

Antes de comenzar la narracion de la campaña de Lombardía, llevada á cabo por Garibaldi en 1848, digamos con referencia á Montevideo lo que su modestia no le ha permitido decir; reframos lo que él no ha podido contar.

*

Ya hemos dado cuenta del combate del 24 de abril de 1844, del peligroso paso de la Bayada, y del comportamiento de los legionarios en esta accion.

El oficial que redactó el parte para el general Paz se contentó con decirle á propósito de los legionarios:

— Todos se han batido como tigres.

— Nada tiene de extraño, respondió el general; los mandaba un leon.

*

Despues de la batalla de San Antonio, el almirante Laine, que comandaba la estacion de la Plata,

admirado de este maravilloso hecho de armas escribió á Garibaldi la siguiente carta, cuyo autógrafa lo posee J. B. Cuneo, amigo de Garibaldi. El almirante Laine estaba en la fragata *l'Africaine*.

« Os felicito, mi querido general, por haber contribuido tan poderosamente con vuestra inteligencia é intrepidez á realizar un hecho de armas, del que se enorgullecerian los soldados del gran ejército que dominó por un momento á toda la Europa.

» Igualmente os felicito por la sencillez y la modestia que hacen mas preciosa la lectura de la relacion en que habeis consignado los mas minuciosos detalles de una accion cuyo honor se os puede atribuir sin el temor de equivocarse.

» Por otra parte esta modestia ha cautivado las simpatías de las personas capaces de poder apreciar convenientemente cuánto habeis hecho desde hace seis meses, personas entre las que se encuentra en primer término nuestro ministro plenipotenciario, el honorable baron Deffaudis, que os aprecia mucho y en el que teneis tan ardiente defensor, que cuando escribe á París, destruye todas las impresiones desfavorables que pudieran hacer nacer ciertos artículos de periódico redactados por

personas poco acostumbradas á decir la verdad aunque refieran hechos acaecidos á su vista.

» Recibid, general, la seguridad de mi estimacion.

» LAINE. »

El boletin cuya sencillez admiraba el almirante Laine estaba redactado en los siguientes términos.

« Salto, 10 de febrero de 1846.

« Hermanos,

» Antes de ayer ha tenido lugar en los campos de San Antonio, á legua y media de la villa, el mas terrible y el mas glorioso de cuantos combates hemos sostenido hasta ahora. Las cuatro compañías de nuestra legion y una veintena de jinetes, refugiados bajo nuestra proteccion, no solamente se han defendido contra 1,200 hombres de Servando Gomez, sino que se han batido durante doce horas y han destruido completamente la infantería enemiga, compuesta de 300 plazas. El fuego comenzó á las doce del dia y terminó á las doce de la noche. Nada bastó al enemigo, ni las repetidas cargas de su caballería, ni los ataques de su infantería: sin otras murallas que una mala choza sostenida por cuatro pilares, los legionarios han resistido los continuos asaltos de nuestros adversarios. Yo y todos los ofi-

ciales hemos peleado como simples soldados. Auzani, que se quedó en el Salto, y á quien el enemigo quiso imponer la rendición de la plaza, respondió con la mecha en la mano y el pié sobre un barril de pólvora, aun cuando le dijeron que nosotros habíamos sido muertos ó prisioneros.

» Hemos tenido treinta muertos y cincuenta y cuatro heridos. Todos los oficiales lo están ligeramente, y solo se hallan sanos Scarone, el mayor Saccarello, y Traversi.

» Yo no daría hoy mi título de legionario italiano ni por todo el oro del mundo.

» A las doce de la noche practicamos una retirada hacia el Salto: éramos mas de cien legionarios italianos con sesenta heridos. Los que lo estaban levemente y los ilesos marchaban delante conteniendo al enemigo, cuya fuerza ascendía á 1,200 hombres, y rechazándole cuando era menester.

» A decir verdad, esta acción merecería ser esculpida.

» Adios: ya os escribiré otra vez mas detalladamente.

» Vuestro: J. GARIBALDI. »

«P. S.—Los oficiales que han tomado parte conmigo en el combate y que han quedado heridos son

Casana, Marochetti, Beruti, Remorini, Sacarello el jóven, Sacchi, Groffina y Rodi. »

El almirante Laine, no contento con haber escrito á Garibaldi, quiso manifestarle su admiración personalmente.

Desembarcó en Montevideo y se dirigió á la calle del Porton, donde habitaba Garibaldi. Esta habitación, tan pobre como la del último legionario, no podia cerrarse, y lo mismo de dia que de noche estaba abierta para todo el mundo, *particularmente al viento y á la lluvia*, como decia Garibaldi al referirme esta anécdota.

Cuando llegó el almirante Laine era de noche; empujó la puerta, y como no habia luz en el cuarto, tropezó con una silla.

— ¡Hola! dijo, ¿es absolutamente necesario romperse la crisma cuando se os viene á ver, Garibaldi?

— Eh... mujer, gritó Garibaldi á su vez y sin reconocer la voz del almirante, ¿no oyes que hay alguien en la antesala? alumbrá.

— ¿Y con qué quieres que alumbre? respondió Anita; ¿no sabes que no hay en casa ni siquiera dos cuartos para comprar una vela?

— Es verdad, añadió filosóficamente Garibaldi, y levantándose fué á abrir la puerta de la pieza en que estaba.

— Por aquí, dijo, por aquí, procurando que su voz guiase al huésped, ya que no había luz.

El almirante Laine entró; pero era tal la oscuridad que tuvo que anunciarse para que Garibaldi le reconociese.

— Almirante, le dijo, os suplico que me dispenseis, pero al hacer mi tratado con la república de Montevideo, me he olvidado de añadir á las raciones que nos dan una ración de vela; así pues, como os ha dicho Anita, no teniendo ni dos cuartos para comprar una, la casa se halla en la mayor oscuridad. Por fortuna, presumo que venís á hablar conmigo y no á verme.

Con efecto, el almirante habló con Garibaldi, pero no le vió.

Al salir de su casa fué á la del general Pacheco y Obes, ministro de la Guerra, y le refirió lo que acababa de sucederle.

El ministro, que concluía de redactar el decreto que mas adelante reproduciré, cogió inmediatamente cien patagones (dos mil reales), y se los envió á Garibaldi.

Garibaldi no quiso herir la susceptibilidad de su amigo Pacheco rehusándolos, pero al amanecer del día siguiente los distribuyó entre las viudas y huérfanos de los soldados muertos en el Salto de San

Antonio, no conservando mas que lo necesario para comprar una libra de velas que entregó á su mujer, dándole orden de economizarlas para el caso en que el almirante volviese á visitarle.

Hé aquí el decreto que redactó Pacheco y Obes cuando el almirante Laine fué á excitar su munificencia :

« Órden general.

» Para dar á nuestros valerosos compañeros de armas que se han inmortalizado en los campos de San Antonio una alta prueba de la estimacion que les profesa el ejército que han engrandecido al engrandecerse en este memorable combate,

» El ministro de la Guerra decreta :

» 1º. Que el 15 del corriente, día designado por la autoridad para entregar á la legion italiana copia del siguiente decreto, haya una gran parada de la guarnicion en la calle del Mercado, apoyándose su derecha en la plazuela del mismo nombre y en el órden que señale el Estado Mayor.

» 2º. Que la legion italiana se reuna en la plaza de la Constitucion volviendo la espalda á la catedral, para recibir la indicada copia que le será entregada por una diputacion presidida por el coronel Francisco Tages, y compuesta de un jefe, de un oficial, de un sarjento y de un soldado de cada cuerpo.

» 3º. Que la diputacion despues de volver á sus respectivos cuerpos se dirija con ellos hácia la mencionada plaza, desfilando en columna de honor delante de la legion italiana, á la que saludarán los jefes con el grito de *viva la Patria, el general Garibaldi y sus bravos compañeros.*

» 4º. Que los regimientos estén formados en línea á las diez de la mañana.

» 5º. Que se dé una copia auténtica de esta orden del dia á la legion italiana y al general Garibaldi.

» PACHECO y OBES. »

El decreto decia :

1º. Que las palabras siguientes sean escritas con letras de oro en la bandera de la legion italiana :

Accion del 8 de febrero de 1846 de la Legion italiana á las ordenes de Garibaldi.

2º. Que la legion italiana tenga un puesto en todas las paradas.

3º. Que los nombres de los muertos caidos en esta accion sean inscritos en un cuadro que se colocará en la sala del gobierno.

4º. Que todos los legionarios lleven como señal de distincion en el brazo izquierdo un escudo con la siguiente inscripcion rodeada de una corona :

Invincibili combatterono gli 8 febbrajo 1846.

Tambien Garibaldi, queriendo dar una suprema prueba de su simpatía y gratitud á los legionarios muertos al lado suyo en la jornada del 8 de febrero, hizo elevar sobre el campo de batalla una gran cruz que en una de sus fases tenia esta inscripcion :

A los XXXVI Italianos muertos el 8 de febrero de MDCCCXLVI;

Y en la otra :

CLXXXIV Italianos en el campo de San Antonio.

A pesar de lo pobre que estaba Garibaldi, encontró un dia un legionario mas pobre que él.

El tal no tenia ni camisa.

Garibaldi le condujo á un rincon, se quitó la suya y se la dió.

Al volver á su casa pidió otra á Anita.

Pero Anita moviendo la cabeza :

— Ya sabes, le dijo, que no tenias mas que una ; si la has dado, tanto peor para tí.

Entonces fué Garibaldi quien á su vez se quedó sin camisa, hasta que Auzani le dió otra.

Pero Garibaldi era incorregible.

Habiendo un dia apresado un navío enemigo, partió el botin entre sus compañeros.

Después de hecha la repartición llamó uno por uno á sus soldados, les preguntó por la situación de sus respectivas familias, y dió á los mas necesitados una nueva parte sobre la ya recibida, diciéndoles:

— Tomad esto para vuestros hijos.

Además halló á bordo una crecida cantidad de dinero, pero Garibaldi la envió al Tesoro de Montevideo sin aprovecharse de un solo ochavo.

Algun tiempo después distribuyó tan bien la parte que le habia tocado, que no quedaron en su casa mas que tres cuartos.

Estos tres cuartos fueron protagonistas de una anécdota que me ha contado Garibaldi.

Un dia oyó á su hija Teresita exhalar grandes gritos.

La adoraba y corrió á informarse de lo que la pasaba.

La niña habia rodado por la escalera y tenia el rostro ensangrentado.

No sabiendo cómo consolarla y encontrando en su bolsillo los tres cuartos que formaban toda su fortuna y que estaban reservados para las grandes circunstancias, los cogió para comprar juguetes á la niña.

Al salir encontró en la puerta á un emisario del Presidente Joaquin Suarez que le buscaba de parte

de su amo para hacerle una comunicacion importante.

Fué al punto á casa del Presidente, olvidándose del motivo que le habia hecho salir. Su mano guardaba maquinalmente los tres cuartos.

La conferencia duró dos horas, y en ella hablaron con efecto de asuntos muy importantes.

Al concluir la volvió Garibaldi á su casa: la niña estaba ya tranquila, pero Anita se hallaba muy inquieta.

— Nos han robado el dinero de la bolsa, le dijo en cuanto le vió.

Entonces Garibaldi recordó los tres cuartos que tenia en la mano.

El ladron era él.

Después de lo que acabamos de reseñar, vamos con la ayuda de un amigo de Garibaldi, del bravo coronel Médici, á quien podrán juzgar los lectores por la sencillez de sus palabras, á reanudar nuestra reseña desde donde Garibaldi la dejó interrumpida.

Su expedición á Sicilia nos obligaria á interrumpir sus Memorias, si Médici no se hubiera encargado